

LIBRO SEGUNDO.

LA IGLESIA Y EL LIBRE PENSAMIENTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA INTOLERANCIA CRISTIANA.

§ I.—La intolerancia religiosa.

N.º 1.—Lo que es la intolerancia teológica.

I.

El mayor crimen que los libres pensadores imputan al cristianismo es la intolerancia. No son solamente los filósofos los que acusan á la Iglesia; de tal modo se ha apoderado la tolerancia de nuestras costumbres, que nos cuesta trabajo comprender que la religion cristiana haya hecho nunca de la persecucion un derecho y un deber. Nuestras constituciones proclaman una doctrina absolutamente contraria, colocando entre los derechos naturales, inalienables é imprescriptibles del hombre, la libre manifestacion del pensamiento; y lo que el legislador considera como un derecho, los filósofos y hasta los cristianos lo miran como el deber de todo sér que piensa. Grande es el apuro de los defensores del cristianismo ante la reprobacion universal que condena la intolerancia; ya no se atreven á enseñar las máximas que ántes profesaba y practicaba su Iglesia, porque eso sería declarar que la religion cristiana era incompatible con los principios que son el fundamento de nuestro estado social, y confesar que había una lucha á muerte en-

tre el cristianismo y la sociedad; y ¿quién podría dudar del resultado de esta lucha? No se atreven, por otra parte, á enarbolar la bandera del libre pensamiento, porque su dogma se lo prohíbe, ni á repudiar á los hombres que han sostenido la teoria de la intolerancia y de la persecucion, porque entre ellos se encuentran los más ilustres doctores de la Iglesia, aquellos que honra como á sus Padres, desde San Agustin hasta Bossuet. ¿Qué hacer en esta cruel perplejidad? Se hacen distinciones y equívocos, y caso de necesidad, se alteran los hechos: en pleno siglo XIX se vuelve á comenzar, en sentido inverso, la obra de los falsarios de la Edad Media: éstos fabricaron falsos títulos que sirvieran de apoyo á la dominacion pontificia; hoy se hace mentir á la historia para establecer que la Iglesia jamas ha perseguido á nadie. ¡Dios libre de ello á este cordero sin mancha! ¡La Iglesia manchada de sangre! ¡La Iglesia, que es toda dulzura, toda caridad, recurrir á la fuerza para violentar las conciencias! ¡Calumnia de los incrédulos! ¡Falsificacion de la historia! Vamos á ver de qué lado están los calumniadores y los falsarios.

Los defensores de la Iglesia comienzan por distinguir entre la intolerancia teológica y la intolerancia civil, confesando la primera y negando la segunda; la intolerancia teológica consiste en la pretension que tiene la Iglesia de poseer la verdad absoluta; fundada por Dios, órgano de la verdad absoluta, no puede tolerar otra doctrina que la suya; toda verdadera religion debe ser intolerante, segun Bergier (1), porque no hay más religion verdadera que la revelada por Dios; ¿y acaso Dios ha de conceder derechos al error? ¿Ha de permitir que la mentira combata á la verdad? ¿Quién se atreverá, pues, á imputar como un crimen la intolerancia de la Iglesia? Su mayor gloria consiste, segun Bossuet, "en esta santa é inflexible incompatibilidad.", "Ella quiere ser sola, porque se cree la esposa, título que no admite participacion, y no puede sufrir que se ponga en duda ninguno de sus dogmas, porque cree en las promesas y la asistencia perpetua del Espiritu Santo.", En vano se la pide tolerancia; Bossuet responde: "La santa seriedad y la santa delicadeza de sus sentimientos no la permiten esa indulgencia, ó, más bien, esa blandura, y esa inflexibilidad que la hace odiosa á las sectas cismáticas la hace querida y venerable para los hijos de Dios.", (2).

Bossuet tiene razon cuando dice que la intolerancia teológica es de esencia en toda religion revelada; hé aquí por qué los reformadores del siglo XVI fueron tan intolerantes como los papas; sin embargo, en el siglo XVII había cambiado mucho el espíritu de la Reforma, porque vemos que el obispo de Meaux hace ruda guerra á los reformados, acusándolos de tolerancia; la acusacion es característica. Lo que nosotros consideramos hoy como un derecho era á los ojos de Bossuet el mayor de los crímenes, y, bajo el punto de vista de la fe ortodoxa, tenía razon. Si los reformados se iban haciendo tolerantes, es porque no estaban ya muy convencidos de la revelacion cristiana; un celoso discípulo de Calvino censuró vivamente á sus correligionarios; Jurieu zahiere á los tolerantes, á quienes llama indiferentes, porque tienden á la tolerancia universal de las religiones; la tolerancia, segun el fogoso ministro, no tiene nada

ménos que á arruinar el cristianismo: "Ya es tiempo, exclama, de oponerse á ese torrente impuro", (1). ¿Cómo puede la tolerancia, que se inspira en la caridad, arruinar al cristianismo, que es la religion de caridad? Porque la tolerancia es una falsa caridad; Jurieu hace sobre este punto una comparacion que muestra mejor que el razonamiento cuán antipática es la tolerancia á los cristianos: "Cuando un hombre está bien persuadido de que un enfermo tiene la peste y que puede perder á todo un país, no aconsejará nunca que se le meta entre la gente, ni que se permita á nadie aproximarsele; y si permite á todos que le vean, es porque cree que la enfermedad es ligera y de ninguna manera contagiosa.", ¿Cuál es esa espantosa enfermedad del alma que Jurieu compara con la peste? Es la tolerancia, porque la tolerancia implica que cabe la salvacion en todas las religiones; aquel, por el contrario, que esté bien convencido de que no cabe salvacion más que en una sola religion, la única verdadera, no será nunca tolerante (2).

¿Por qué invade la tolerancia todos los países reformados, las Provincias Unidas, la Inglaterra, y hasta la patria del protestantismo en el siglo XVIII? Bossuet nos lo va á enseñar: "Se ha formado, dice, una secta en que no se habla más que de paz y de caridad universal; los defensores de esta paz se dan á sí mismos el nombre de *Lati-tudinarios* para expresar la extension de su tolerancia, que llaman caridad.", ¿En qué fundan la tolerancia? En que no hay juicio infalible de la fe; Burnet, célebre obispo anglicano, deduce de aquí "que no se debe ser demasiado ligero en juzgar mal á aquellos que no piensan como nosotros, ni obrar con ellos de una manera rigurosa, puesto que ES POSIBLE QUE ELLOS TENGAN RAZON Y NOSOTROS NO LA TENGAMOS.", Hé aquí á los culpables confesándose: si ya no se sabe dónde está la fe, ¿qué viene á ser la fe? Los tolerantes, dice Bossuet, hacen poco caso de los dogmas especulativos y abstractos, como ellos los llaman, y no alaban más que la doctrina de las costumbres. Todo consiste en vivir bien, dicen nuestros indiferentes, y á Bossuet le indigna esa abominable caridad; él,

(1) BERGIER, *Tratado de la verdadera religion*, t. VI, p. 483.

(2) BOSSUET, *Advertencia VI sobre las cartas de M. Jurieu* (*Obras*, t. XI, p. 444).

(1) JURIEU, *Cuadro del socialismo*, carta I, p. 5-6; carta VI, página 11.

(2) JURIEU *Cuadro del socialismo*, carta VIII, p. 402.

tan moderado cuando discute con sus hermanos separados, llega hasta calificar de la hipocresía más peligrosa esa máxima que tiende á reducir el cristianismo á las costumbres, dejando á los hombres la latitud de creer lo que quieran (1). Esa máxima va á parar, en efecto, á la indiferencia dogmática, es decir, á la ruina del cristianismo tradicional. Bossuet veía en la tolerancia predicada por los reformados de su tiempo la prueba más cierta de lo que él no cesaba de sostener: que el protestantismo no era una reforma, sino un paso dado fuera del cristianismo, y tenía razón, porque la intolerancia dogmática es el carácter distintivo de las religiones reveladas, y al abrir paso á la tolerancia, es seguro que deja de existir la fe en la verdad milagrosamente revelada.

II.

Si se ha de creer á los apologistas modernos, nada más inofensivo que la intolerancia teológica. Deja libertad á los incrédulos para cerrar los ojos á la luz divina, para negar la revelación y negar que la Iglesia esté instituida por el Hijo de Dios; por su parte, la Iglesia, que tiene á su favor una tradición de diez y ocho siglos, debe ser libre también para mantener el depósito de la verdad que le ha sido confiado y para defenderle contra los enemigos de Cristo. Despues proclama altamente que ella sola posee la verdad, y que fuera de su seno no hay más que error. Hé aquí lo que significa la intolerancia teológica. ¿No dice algo más? Los filósofos censuran al cristianismo tradicional que condena á todos aquellos que están fuera de la Iglesia, es decir, á la inmensa mayoría del género humano. “¡Pura calumnia, exclaman los celosos, ó ignorancia culpable! La Iglesia no condena á nadie, deja este cuidado á Dios.” Aquí entramos en el dominio de las argucias, inventadas por los teólogos con ménos fortuna aún que los sofismas inventados por los curiales; diríamos que era una mala táctica, si no fuera una necesidad para los defensores de la revelación. Los abogados son dueños de encargarse ó no de una mala causa; pero la Iglesia no goza de esa libertad: debe responder siempre á las interpelaciones que se la dirigen, porque si se calla-

(1) BOSSUET, *Advertencia VI sobre las cartas de M. Jurieu* (Obras, t. xi, p. 436-439).

se, la condenaría su propio silencio; pero en cuanto abre la boca, se condena también á sí misma.

Ya nos ocuparemos más adelante de las apoloías del cristianismo que se han hecho en nuestros días; por de pronto nos limitaremos á hacer constar cuál era la doctrina de la Iglesia en los siglos XVII y XVIII y lo que los libres pensadores la objetaban. Á decir verdad, no tenemos razón para hablar de tal ó cual siglo cuando se trata de la creencia de la Iglesia que, siendo siempre la misma, no se concibe que pueda variar en un punto tan esencial como el de la salvación. Basta saber lo que es la revelación, para conocer el destino de los que se mantienen ajenos á la ley revelada. Jesús se llama el Salvador, y nos viene á salvar de la muerte eterna, consecuencia del pecado de Adán; sin la caída y sus terribles consecuencias, no se concebiría la venida de Cristo, así como desde que se admite el pecado original y la encarnación del Hijo de Dios es imposible que los que ignoren ó desconozcan al Salvador participen de la vida. Sobre ese asunto no hay más que una opinión entre los viejos ortodoxos. Los testimonios abundan, y no sabemos cuál escoger; pero puesto que de católicos se trata, citemos las palabras de un papa: “La Iglesia, dice Eugenio VI, cree firmemente que ninguno de los que están fuera de su seno, sean paganos, judíos, herejes ó cismáticos, pueden participar de la vida eterna, y cree que arderán todos en los fuegos del infierno, á ménos que ántes de su muerte no formen parte de la sociedad de los fieles.” (1). Los viejos protestantes, luteranos y calvinistas, participaban de estas creencias; y como hubiera hácia los siglos XVI y XVII gran número de cristianos que no lo eran más que en el nombre, los reformados tuvieron buen cuidado de excluir á esos falsos hermanos de salvación, añadiendo que no tenían nada que esperar de la misericordia divina, áun cuando creyeran en Dios y le adorasen.

¿Qué se responde á testimonios tan terminantes? La Iglesia no ha decidido nunca, se dice, que todos los infieles estén condenados; una cosa es decir que fuera de la Iglesia no hay salvación, y otra pronunciar una sentencia de condenación contra los que no pertenecen á la Iglesia; para nosotros,

(1) Véanse los testimonios en STRAUSS, *Glaubenslehre*, t. I, página 99, notas 25 y 26.

los profanos, las dos cosas son una misma; pero nosotros no entendemos nada de cuestiones teológicas donde todo es misterio. ¿No es omnipotente la gracia? Ella es, en definitiva, la que hace á los elegidos; luego ¿por qué no había de poder salvar á los infieles, así como á los ortodoxos? Nada más plausible cuando se permanece en los límites de las generalidades y se limita á considerar el poder de Dios, que puede, sin duda, salvar á los no creyentes; pero ¿los salva realmente? Los defensores del cristianismo de los siglos XVII y XVIII van á responder á esta pregunta.

N.º 2. — La salvación de los infieles.

I.

Muy difícil es decir cuál es la doctrina de la Iglesia sobre una cuestión cualquiera; si invocais á los Santos Padres, se os responde que no son la Iglesia; citad un concilio general, y los ultramontanos os dirán que se necesita además el concurso del papa; reproducid la bula ó las palabras de un papa, y tienen mil escapatorias que oponeros; cree el papa decidir dogmáticamente, y no falta nada á la decisión para que sea infalible; teneis ya á vuestro favor los concilios y los papas, y creéis triunfar, pues no habeis conseguido nada; hay todavía medio de eludir las más altas autoridades que reconocen la cristiandad: ejemplo, el concilio de Constantza, aceptado por el papa y repudiado hoy por los ultramontanos. ¿Qué hacer, pues, para abordar á esta inabordable Iglesia? Si, en una época dada, todos los partidos y todas las opiniones que pertenecieran al catolicismo estuviesen de acuerdo en un punto cualquiera, ¿no sería este punto la doctrina de la Iglesia? Ó la Iglesia y su doctrina no son más que un mito, ó es preciso decir que la unanimidad de los pensadores católicos sobre un punto del dogma forma la doctrina ortodoxa. Veamos, pues, lo que pensaban en los siglos XVII y XVIII sobre la salvación de los infieles los diversos partidos que dividían la Iglesia.

Eseuchemos ante todo á los partidarios del papa, los jesuitas, que se identifican con el pontificado, lo cual es una probabilidad de ortodoxia. Verdad es que estos reverendos padres se muestran muy amplios en lo que concierne á las vías de salvación; puesto que se les acusa de abrir tanto las

puertas del cielo, que todo el mundo podría entrar por ellas, tanto más significativa será su opinión; si los jesuitas, á quienes se les llama pelagianos, condenan á los infieles, ¿qué será de los celosos y los rigurosos? En el siglo XVII había libres pensadores que hubieran deseado salvar á los infieles, y el padre Garasse se encargó de confundirlos. ¡Cómo, exclama: “Los libertinos quieren hacer entrar en el cielo almas condenadas, hombres enteramente difamados por sus vicios, como fueron Hércules, Sócrates, Teseo y algunos otros. Y ¿por qué? Á pretexto de alguna PEQUEÑA ACCIÓN MORAL. ¿No sería esto hacer un infierno del cielo empíreo?.” Si los héroes que la antigüedad divinizó por los servicios que prestaron á la humanidad y el sabio que murió mártir de su virtud son *almas condenadas*, ¿dónde están los Gentiles que han de tener parte en la vida eterna? El padre Garasse condena hasta á los que quieren salvar á esos condenados: “Erasmus y Zuinglio, dice, canonizan á personas que han sido infames en su vida, ateos en sus creencias, impúdicos en sus escritos, como Horacio y Sócrates. ¡Buena confianza van á inspirar aquellos que son ellos mismos *edecanes del ateísmo!*.” (1).

¡Erasmus ateo! ¡Sócrates ateo! Pase por Zuinglio, que era reformador, y, por tanto, un tizon del infierno; pero el sabio de Atenas, á lo más, fué culpable de ignorancia, y es, sin embargo, condenado. ¡Y Erasmus, el amigo de los papas, el que se negó á unirse á Lutero, igualmente ateo! ¡Sin duda porque tenía un excelente buen juicio! Hablemos seriamente; el padre Garasse establece muy bien que sin una fe expresa ó implícita en Jesucristo nadie puede salvarse, y cita un decreto formal del concilio de Trento; nosotros hemos citado las palabras de un papa; hé aquí, pues, las dos autoridades supremas de acuerdo; pudiera pensarse que la fe implícita deja alguna esperanza á los partidarios del gentilismo, ¡error! Los ortodoxos entienden por tal la fe de los patriarcas, los cuales creían, se dice, en la venida de Jesucristo, aunque todavía no fuese segura. Garasse admite también que Dios ha podido dar la gracia de la fe implícita á algunos filósofos; pero la concesión, más que nominal, es más bien una irrisión, porque preguntad á nuestro jesuita cuáles son los filósofos que cree salvados,

(1) GARASSE, *Doctrina curiosa de los buenos espíritus de este tiempo* (1624), p. 250-251.

y os responderá que habría, á lo más, *dos por cada diez mil*. ¡Por esta cuenta no estará el cielo muy lleno de filósofos! Por de pronto, debe constarse que ha habido diez mil filósofos desde que existe la filosofía, puesto que se han salvado dos. ¿Y quiénes pueden ser esos dos filósofos salvados? No es Sócrates, porque es ateo. ¿Serán Platon, Aristóteles ó Séneca? *Inmundicia* todo eso; la palabra es del padre Garasse, que dice: con *todas esas inmundicias* llenan los libertinos el paraíso; ¿por qué se muestran tan generosos? La razon es muy sencilla, dice nuestro reverendo: "*ponen á los malos en el paraíso, con el fin de lograr entrada en él*," (1).

Cuando los jesuitas son tan severos con los infieles, ¿qué será de sus adversarios los jansenistas, esos discípulos rigurosos de San Agustín? Éstos son aficionados á condenar por masas para poner en todo vigor las palabras de que muchos son los llamados y pocos los escogidos; dejemos la palabra á Nicolas, el más moderado de la secta: "Dios ha dejado á *todas las naciones*, á excepcion de los Judíos, en la ignorancia de la verdad, ántes de la encarnacion de su Hijo, y deja todavía en ella á una infinidad de hombres despues de la encarnacion, puesto que los paganos son aún, por lo ménos, la *mitad del mundo*; sin embargo, *todos aquellos que están privados del Evangelio*, SEGUN LA ESCRITURA, *son envueltos en las tinieblas y las sombras de la muerte*, es decir, EN UNA IGNORANCIA QUE LOS CONDUCE INFALIBLEMENTE Á LA MUERTE ETERNA," (2). Los defensores del cristianismo dicen que los libres pensadores los calumnian, acusándoles de condenar la inmensa mayoría de los hombres; pues bien, hagamos la cuenta segun Nicolas. Primeramente hay *todas las naciones antiguas* que están *infaliblemente condenadas*, segun testimonio de la Escritura. Los Judíos solos pueden salvarse; despues viene la *mitad del mundo moderno*; todavía está mal hecho el cálculo; bien puede decirse *las dos terceras partes*; entre la tercera parte cristiana, ¿cuántos herejes, cismáticos, hipócritas é incrédulos hay? Si se descuentan todos estos, ¿cuántos elegidos quedarán? Así estarán anchos en el paraíso, mientras que los infiernos se hallarán colmados.

(1) GARASSE, *Doctrina curiosa de los buenos espíritus de este tiempo*, lib. III, sec. VIII y IX.

(2) NICOLE, *Instrucciones sobre el símbolo*, t. I, p. 4.

Tal vez os parecerán sospechosos los jesuitas, y más todavía los jansenistas; ¿acaso no queréis el espíritu de secta, cuando se trata de doctrinas? ¿Desearíais oír á un cristiano que no fuese ni jansenista ni jesuita y, en lo que quepa, filósofo? Hé aquí vuestro hombre; debe ser de vuestro gusto, porque los ortodoxos le echan en cara que compromete el dogma de la gracia á fuerza de tanto racionar. *Malebranche* nos explica por qué los infieles no pueden alcanzar su salvacion: es porque sus *virtudes* no son más que *pecados espléndidos*. Esta insultante máxima es de San Agustín, que insulta al buen sentido, insulta al sentido moral; el mérito de *Malebranche* es haberla reproducido el filósofo en el siglo de Luis XIV: "Aquel que comparte con los pobres su bien, ó que expone su vida por la salvacion de su patria, y aquel que hasta la pierde generosamente por no cometer una injusticia, pronuncia á la verdad por esta accion un juicio que honra á la justicia divina y se la hace favorable; pero esta accion, por meritoria que sea, no adora á Dios perfectamente, si aquel que supongo capaz de hacerla se niega á creer en Jesucristo; es que para merecer la posesion de un bien infinito (la salvacion eterna) no basta expresar por alguna buena accion de una bondad moral la justicia de Dios; hace falta pronunciar divinamente por la fe en Jesucristo un juicio que honre á Dios, segun todo lo que es," (1). Con esta jerga metafisico-teológica es como demuestra *Malebranche* que los infieles no pueden salvarse, aún cuando se llamen Sócrates, Leonidas ó Cimón. ¿Qué es el martirio del filósofo, la abnegacion del Espartano, el heroísmo del guerrero ateniense? Alguna *pequeña accion moral*, como dice el padre *Garasse*, y el padre *Malebranche*, en su pretencioso lenguaje, no dice otra cosa. Las buenas obras de los paganos, segun él, son á un tiempo mismo virtudes y vicios. ¡Qué galimatías! Despues de esto, no es para admirar que *Malebranche* trate de *insolencia* la presuncion de los filósofos de adorar á Dios. "Solamente á los cristianos les es permitido abrir la boca para adorar divinamente al Salvador." ¿Por qué son *insolentes* los filósofos al hacer lo que todo hombre debe hacer? "Porque desconocen la distancia que separa lo finito de lo infinito." ¿Y los cristianos? "Pro-

(1) MALEBRANCHE, *Conferencias sobre metafísica*, t. I, p. 253 (edicion Charpentier).

testan de que solamente por Jesucristo pretenden tener alguna relacion con él;" pero ¿no es Cristo el Verbo de Dios? ¿Uno con su Padre? ¿Infinito como él? ¿Doble y triple galimatías!

Hé aquí las tonterías á que conduce el cristianismo cuando se trata de darle color filosófico. Apresurémonos á dejar á un escritor á quien los cristianos acusan de no ser ortodoxo, á quien los filósofos echan en cara que se precia de las palabras, y que en definitiva no es cristiano ni filósofo, siguiendo la suerte de todos aquellos que quieren hallar cosas que son incompatibles, el dogma absurdo y la razon. Dirijámonos al último Padre de la Iglesia, al águila de *Meaux*; no se dirá de él que le falta precision; su catecismo es claro y neto como una geometria. "¿Cabe la salvacion fuera de la Iglesia católica, apostólica y romana? No. Asi pues, los Judíos, los paganos y los herejes no obtendrán la vida eterna si mueren fuera de la Iglesia," (1). ¿Cómo sabéis, se nos dirá, que mueren fuera de la Iglesia? Y contestaremos que el buen sentido lo dice: ¿cómo han de morir los Judíos dentro de la Iglesia, cuando la maldicen? Y los herejes que tratan á Roma de Babilonia y de prostituta, ¿morirán acaso dentro de la Iglesia? En cuanto á los paganos, la cuestion sola es un absurdo; tambien *Bossuet*, que, aunque teólogo, ha conservado su buen juicio, dice que ningun pagano se salvará. Por de pronto, los héroes de la antigüedad han ido derechos al infierno; *Bossuet* no lo dice tan brutalmente, pero, aunque con buen lenguaje, va á parar nada ménos que á la condenacion. Alejandro es el tipo de los héroes y el tipo de las brillantes cualidades de la raza griega. ¿Qué piensa *Bossuet* de su salvacion? "Ha deseado hacer ruido en el mundo durante su vida y despues de su muerte, y tiene todo lo que ha pedido." Hé aquí la fórmula; es más política que la nuestra, pero la diplomacia no impide que Alejandro arda en los fuegos del infierno. "Ha tenido todo lo que pedía; ¡ha sido más dichoso atormentado durante su vida por la ambicion y atormentado ahora en el infierno! Lo mismo sucede con todos sus semejantes: han recibido su recompensa, dice el Hijo de Dios," (2). Satanás es quien se ha encargado de dársela.

(1) BOSSUET, *Obras*, t. VIII, p. 57 (ed. Besançon).

(2) BOSSUET, *Sermon para la profesion de madame de la Vallière* (*Obras*, t. VII, p. 623).

Si basta amar la gloria para ser condenado, toda la antigüedad lo será, porque es preciso confesar que no sabia lo que era la humildad. Los poetas, los oradores y hasta los filósofos deseaban ser alabados, y no se les escatimaba el incienso; hablamos del incienso á lo profano. "La locura de alabarlos, dice *Bossuet*, ha llegado hasta erigirlos templos; y ¿qué habeis pronunciado en vuestro Evangelio acerca de esa gloria que han recibido y reciben continuamente de boca de todos los hombres? *Os lo digo en verdad, ellos han recibido su recompensa*," (1). Leed: ellos están condenados. El mundo antiguo no tiene almas más elevadas y más puras que las de Sócrates y Marco Aurelio; el padre *Garasse* en su lenguaje burlesco les califica, sin embargo, de ateos, y *Bossuet* es, en el fondo, de la misma opinion: con la autoridad de San Agustín, no vacila en decir que estaban *privados del conocimiento de Dios*, y que por tanto están *excluidos de su reino eterno* (2). Si Sócrates y Marco Aurelio están condenados, ¿quién podrá salvarse? Todos los pueblos paganos, "separados del Evangelio, habitan por lo mismo en las tinieblas y en la region de la sombra de la muerte," (3). Estilo biblico que significa que los Gentiles en masa arden en los infiernos. Arte estos juicios, de una claridad y un rigor igualmente desesperantes, ¿qué debe pensarse de las "*secretas dispensas de la gracia y de las ocultas insinuaciones de la verdad*, que Dios esparce por todas partes por medios cuyo conocimiento se reserva?," Si no fuera *Bossuet* quien usara este lenguaje, creeriase que se mofa de los infieles. Es preciso estar dentro de la Iglesia católica para salvarse; ahora bien, hay millares de hombres que jamas han oido hablar de esa Iglesia: ¿cuál será su suerte? Serán condenados, á ménos que por medio de un milagro imposible estén dentro del seno de una Iglesia que no existia todavía ó que no conocian; pero ¿cómo ha de hacer Dios ese milagro para el comun de los paganos, cuando no le ha hecho para Sócrates y Marco Aurelio? El milagro no figura en la doctrina católica más que en la for-

(1) BOSSUET, *Tratado de la concupiscencia*, c. XIX (*Obras*, tomo IV, p. 534).

(2) BOSSUET, *Oracion fúnebre de Luis de Borbon* (*Obras*, tomo VII, p. 770).

(3) BOSSUET, *Advertencia sobre el libro de las reflexiones morales*, § 17 (*Obras*, t. II, p. 505).